

MUJERES, ESTADO Y POBREZA EN LA HAITÍ DEL TERREMOTO

“... la Revolución de Haití, la única rebelión de esclavos triunfante en la historia de la Humanidad, que se aproximó con Jean Jacques Dessalines (185-1806) a una utopía de la igualdad y cuyo espíritu jacobino aterrorizó a la clase propietaria de todo el Continente”:

Arturo Andrés Roig



Los primeros planos de caras cubiertas de polvo y lágrimas, de cuerpos apilados en la calle, de linchamientos de supuestos ladrones; el sesgo entre cariacontecido, suspicaz y enjuiciador de las informaciones; el ejército que dispara sobre supuestos saqueadores, matando a niñas de 15 años sentadas, en pasmo, sobre las ruinas de la que fue su casa; historias de violaciones y acoso sexual contra mujeres de todas las edades, de las que no están exentas las tropas de la ONU; imágenes de una esperanza que se concreta en la anciana rescatada por topes mexicanos cuando eleva alabanzas al señor y una jovencita que, después de ocho días de dirigir a los socorristas en su propio rescate, sale de los escombros con el rostro radiante y cantando gracias para quien ella “sabía” que iba a salvarla. Haití es hoy noticia.

Una noticia que esconde siglos de explotación, saqueo y maltrato hacia la primera

nación negra y latinoamericana en alcanzar su Independencia en 1804. Una noticia de pánico, hambre y una reiterada denuncia de la inexistencia de un Estado capaz de organizarse en caso de crisis, que se acompaña de noticias -así, en plural- diversas que sirven para ratificar la opinión creada de que Haití, el país más pobre de las dos Américas y el Caribe, necesita de tutela: el rapto denunciado por UNICEF de 15 niños en los hospitales, probablemente para una red de tráfico de menores que venía actuando desde mucho antes que el devastador terremoto del 13 de enero de 2010; la deforestación del 97 por ciento del territorio nacional y la subsiguiente debacle ecológica; una densidad poblacional semejante a la de Europa (pero los europeos, ellos sí, tienen derecho a ser muchos...).

No obstante, periodistas independientes de las opiniones creadas, como Amy Goodman, de Democracy Now, y mujeres de organizaciones feministas, al tiempo que lloran la muerte, entre otras 250 mil personas, de Myriam Merlet, del Ministerio Haitiano de la Mujer, de Anne Marie Coriolan y de Magaly Marcelin, fundadoras de organizaciones sororales del feminismo negro del Caribe, feministas radicales que trabajaron duramente por los derechos de sus connacionales y que murieron bajo los muros derrumbados de sus casas y oficinas, reportan otros tipos de noticias.

Por ejemplo, mientras la ONU declaraba a France Press que no podía extender su operación de ayuda hasta que no pudiera garantizar la seguridad de su personal, los topes mexicanos se negaban a abandonar las operaciones de rescate al caer la noche y recibían ayuda de

la población haitiana en sus búsquedas y Amy Goodman circulaba en un carro de alquiler por el epicentro del terremoto, las ciudades de Carrefour y Léogâne, a menos de 30 kilómetros de Port au Prince. Goodman, el 21 de enero, no advirtió ninguna amenaza hacia su persona o sus bienes, circulando por los escombros de Léogâne; sólo vio y escuchó a personas necesitadas de ayuda urgente y reportó como un helicóptero misionero, en lugar de bajar y atender a una población urgida también de trato humano, le tiraba bolillos desde el aire como si fueran perros.

¿Por qué entre los informes de una periodista independiente y los de las tropas del ejército estadounidense enviadas para “auxiliar” (¿estaremos frente a una inverosímil sinonimia entre ayuda e invasión?) a la población haitiana en una de las mayores catástrofes naturales acaecida en América en las últimas décadas hay una divergencia tan grande? ¿Será porque el presidente Barack Obama nombró a dos ex presidentes de Estados Unidos, Clinton y Bush jr., para encabezar los esfuerzos de recaudación de fondos y éstos saben que el mejor negocio de una destrucción -Bush lo calculó muy bien a la hora de invadir Afganistán e Iraq- son los contratos para las labores de reconstrucción? ¿Será porque Haití está en el centro del Caribe y desde ahí se controla no sólo el tráfico civil de la zona, sino también los tráfico ilegales de drogas, armas y personas?

Según Sergia Galván y las demás feministas dominicanas, así como según el cineasta guatemalteco Alejandro Ramírez, quienes acudieron a Jacmel, en la frontera haito-dominicana, para proporcionar su ayuda a la población haitiana después de la tragedia, son los vecinos, mujeres y hombres, hombre con hombre, los que han ido a ayudar desde un principio a las personas que se lo pedían, pero sobre todo llaman urgentemente a cirujanas, médicas, psicólogas, traumatólogas y anestesiastas latinoamericanas y de otros continentes para trabajar con la población haitiana. A cambio, ofrecen carpas para el alojamiento y la posibilidad de una visión más realista de una tragedia transformada en excusa para justificar, una vez más, la presencia de tropas extranjeras en territorio haitiano. ❶